

097/059/002

MARCELINO OREJA AGUIRRE

REFLEXIONES SOBRE SOCIEDAD Y CULTURA

DISCURSO DE INGRESO EN LA
REAL SOCIEDAD VASCONGADA DE AMIGOS DEL PAIS

PALACIO DE INSAUSTI - AZCOITIA
DOMINGO, 23 DE JUNIO 1974

INTRODUCCION

Queridos amigos: Si hay algún lugar donde la hermosa invocación a la amistad cobra todo su sentido es precisamente aquí.

No puedo ocultar la emoción que siento en estos momentos al encontrarme en el seno de esta REAL SOCIEDAD VASCONGADA DE AMIGOS DEL PAIS.

Preocupación
por el
desarrollo cultural

Mi emoción — señores — nace, tanto de motivos sentimentales —el recuerdo entrañable de las tradiciones vascas y el apego a la tierra de nuestros mayores— como de consideraciones de orden puramente intelectual. Y entre éstas, una preocupación constante —subrayada ahora por razón de oficio— por todo cuanto implica desarrollo cultural.

Esta ha sido también la gran constante de nuestra Sociedad, que aparece como el hilo que recorre el trenzado de su vida. De ella ha recibido aliento, impulso, estímulo en cumplimiento de sus propios estatutos, cuyo primer artículo le encomienda ya "cultivar la inclinación y el gusto de la nación vascongada hacia las ciencias, las bellas letras y artes", así como "corregir y pulir sus costumbres, desterrar el ocio, la ignorancia y sus funestas consecuencias y estrechar más la unión de las tres provincias vascongadas".

He aquí un "sugestivo programa de vida en común", que pervive desde los primeros balbuceos de esta entidad hasta nuestros días. Así lo revela todo el despliegue de actividad que se realiza hoy con proyección sobre las ciencias naturales, la historia, la defensa de monumentos y conjuntos histórico-artísticos, la musicología, la lengua y la literatura vascas, la dirección de empresas, la informática e incluso, los cantos, las danzas y la gastronomía, como manifestaciones directas de lo más íntimo y entrañable de la cultura humana, en la que lo material y lo espiritual forman un todo unido.

Qué duda cabe que ha habido en la historia de esta Sociedad momentos de indecisión, de dificultad, de repliegue. Pero siempre ha resurgido el aliento vivificador, que la hacía renacer en momentos de postración, como aquel final del siglo XIX tan bien descrito por Alvaro del Valle, al narrar sus

variadísimas actividades desde la filatelia al excursionismo, y desde los deportes, a la música.

En aquellos períodos en que languidecía la vida cultural desde el Estado o éste pretendía imponer unas categorías con carácter universal e indiscriminado, esta Sociedad —modelo de las sociedades económicas de la España Ilustrada, como advierte Luis de Michelena— ha tomado la iniciativa de promover la vida cultural desde sus propias bases naturales, contribuyendo así a potenciar la inmensa riqueza cultural de nuestro pluralismo regional, que constituye el mejor antídoto contra cualquier separatismo disgregador.

Y lo ha hecho movida por ese talante singular de los hombres de nuestro pueblo que —como recuerda José Miguel de Barandiarán— “han guardado a través de los tiempos y de las influencias su propio y original sistema de valores, con unos derechos, unos deberes y una responsabilidad, o sea, todo el sistema jurídico y moral en el cual están insertos todos los valores del hombre. Este sistema de valores, basado en una concepción del mundo y del hombre, es el elemento más importante de una etnia porque es el más característicamente humano, y en eso descansa lo que tanto se menciona hoy: el humanismo”.

Esta dimensión amplia de la cultura como algo más que un mero saber de datos, nos obliga a centrarnos ahora en el análisis sociológico del término.

para encontrar en él todo un complejo de ideas, instituciones y productos materiales, que nos ayudará a comprender bien cuál es en realidad la importante tarea que nos aguarda.

PRIMERA PARTE

EL CONCEPTO MODERNO DE CULTURA

Han pasado los tiempos en que se consideraba cultura el patrimonio de una minoría, el entretenimiento de unos ocios refinados o el mundo sólo accesible a una élite de diletantes o de iniciados. También hemos llegado a distinguir bien entre cultura viva y cultura muerta, farragosa y llena a veces de una erudición que buscaba sólo en ocasiones deslumbrar y no iluminar. Por este camino de ensanchamiento de nuestro horizonte cultural hemos llegado a comprender que la cultura es de todos o no es de nadie, y que la hacemos también entre todos, en solidaria participación. Por tanto, el concepto moderno de cultura parte de dos caracteres: el *vital* y el *colectivo*.

**Enfoque
sociológico
de la Cultura**

Ha sido, en primer lugar, la sociología la que ha enfocado con su prisma analítico este mundo cerrado de la cultura tradicional y nos ha puesto ante un hecho evidente pero no captado en toda su claridad. Me refiero a que, frente a la "cultura" como algo a lo que se accede tras penoso caminar, la nueva sociología nos plantea la cultura como producto y entorno de cada sociedad. Por eso, ya no podemos hablar simplemente de la cultura, sino más bien de "las culturas", dado que existen muchas sociedades, y dentro de ellas muchos grupos sociales.

Y, en segundo lugar, la transformación de la realidad comunicativa, ha hecho que salgamos de los antiguos y cerrados templos de la cultura —las salas de concierto, los teatros, los museos— reservados a los pocos, para entrar en los nuevos medios de comunicación —la radio, el cine, la televisión— destinados a los más.

Cultura de masas

Hemos pasado, si me permitís utilizar definiciones ya tópicas, de la cultura de minorías a la cultura de masas, sin darnos cuenta de que el mero cambio cuantitativo no debe traer consigo, automática y fatídicamente, la degradación cualitativa, a pesar del innegable peligro de que así suceda.

En los bienes materiales, dada su característica específica, no podemos superar las limitaciones impuestas por la materia. Pero la cultura, como producto típico de la creación espiritual humana, no

pierde porque sus destinatarios aumenten, y por tanto, no creo en los pesimismos de los "apocalípticos de la cultura". Si una pieza de cámara de Haendel, destinada a una reducida corte regia, puede ser hoy disfrutada por miles de personas en la sala de conciertos y aún más, por millones de oyentes o televidentes, no sólo el espíritu de la obra no se degrada, sino que su misión implícita, la de la comunicación, se realiza de manera mucho más cumplida. Queda, sí, la incógnita del *esfuerzo*; no hay cultura viva sin esfuerzo previo de asimilación; y el esfuerzo colectivo es mucho más difícil de lograr.

El oponer el público minoritario entendido como maduro y culto, a la masa, vista como mero agregado estadístico, es un error, cuando no una voluntaria falacia. En realidad, la masa no existe sino para quien la contempla, y el problema de la masificación no está tanto en el número, como en la calidad de los componentes, y ahí es donde está la gran tarea cultural que nos aguarda.

Riesgos del ocio

Precisamente, uno de los importantes temas de nuestro tiempo está en adelantarnos a encontrar contenido a los momentos de ocio, que se habrán de ir progresivamente extendiendo como un logro mayoritario del desarrollo de nuestra sociedad industrial.

Esto ciertamente exige una labor de imaginación. En este sentido, y como expresión de iniciativas particulares en lucha con el medio, a veces hostil, me parece modélica —y permítenme la digre-

sión— la propuesta en uno de los Boletines de la Cofradía Vasca de Gastronomía, donde se puede leer “que deberíamos aprovechar como atracción nuestro sirihiri, pues ¿qué mayor placer que el de encerrarse esos días, en uno de esos templos del buen comer y el buen beber, oyendo fuera el ruido de la lluvia? Así estaríamos de acuerdo con aquel convecino que en los días de temporal se metía en una tasca de la parte vieja y asomándose de vez en vez a la puerta, al sacar la mano y notar que seguía lloviendo, decía filosóficamente: “Estos días de agua son días de vino” y se metía para dentro.”

Volviendo a nuestro tema podemos afirmar que la revolución industrial liberó al hombre —o le privó— de aquel ocio agrícola o artesanal, que le venía impuesto, en parte, por el ciclo de estaciones. Las máquinas ahora pueden trabajar durante veinticuatro horas al día, y durante los trescientos sesenta y cinco días del año. Las máquinas, dirigidas por los hombres, han de proporcionarnos artificialmente un ocio obligado para salvarnos de perecer por el trabajo. Pero el uso que el trabajador de la era industrial ha hecho hasta ahora de ese ocio obligado, ha sido casi siempre negativo.

Cultura
como contenido
del ocio

El hombre de nuestro tiempo teme muchas veces el ocio, porque le enfrenta consigo mismo, aislándole dentro de la multitud solitaria; por eso entretiene su tiempo libre como espectador pasivo de la televisión o de espectáculos deportivos. De

esa forma no ponemos en funcionamiento nuestra dimensión creativa, específicamente humana, y sin la cual el hombre se atrofia y se masifica. La facultad de utilizar el tiempo libre de forma positiva en actividades artísticas, intelectuales o recreativas, es algo esencial del ser humano.

Al no ocurrir así, nos encontramos de un lado, con la cultura-herencia, considerada como carga que hay que aprender fatigosamente en las aulas educativas, y de otro, con las creaciones individuales de protesta, contestación y destrucción de esa cultura, oficial y obligada. Pero en el centro, no surgen las "culturas" como actividad, participación y acción comunitaria, porque entre la sociedad masificada y el individuo contestatario, los grupos están silenciosos y en pasividad estéril.

Será difícil y requerirá tiempo reeducar al hombre industrializado o enseñarle a reeducarse a sí mismo, para que pueda hacer uso positivo de su ocio. Si podemos triunfar en este logro, puede que nos encontremos con una nueva primavera cultural, en vez de acercarnos peligrosamente al modelo de sociedad parasitaria, que, como la plebe urbana del Imperio Romano, viva sólo para "pan y circo".

**Función cultural
de los grupos**

Para no llegar a esto, es necesario poner en marcha los grupos intermedios de la sociedad, partiendo de la base de garantizar a cada ciudadano el derecho a la libre creación y comunicación con los demás. Todos deberíamos tomar parte en la comunicación social y ser capaces de comunicarnos con

la gente y con las instituciones, y sólo a partir de ese enfoque será cada vez más usual, el considerar la actividad cultural como un medio de realización del hombre en sociedad.

La actividad cultural debe buscar, pues, satisfacer las necesidades del ser humano, en el terreno de sus íntimas aspiraciones a una realización integral mediante experiencias en común, de expresión, comunicación y examen crítico de la propia sociedad en busca de caminos más plenos e integradores. La actividad cultural de los grupos sociales debe ser, por tanto, una parte muy importante del compromiso de la sociedad en la mejora de su medio ambiente, entendido este término en su sentido más pleno, que comprenda desde las necesidades culturales hasta las más trascendentes.

**Concepto integral
de cultura**

Se trata, en suma, de situarnos en el centro de un entorno social que además de la educación, el ambiente en el trabajo, la calidad de nuestras casas y ciudades, el empleo del tiempo libre, la conservación de la naturaleza, la creación artística y literaria, la investigación científica, y, en definitiva, la libre planificación de la sociedad de una vida mejor para el hombre, desarrolle la dimensión profunda y espiritual del ser humano, creado a imagen y semejanza del Creador. Cuenta el hombre, para ello, de una parte, con una sensibilidad para relacionarse con sus semejantes en la búsqueda de unos comunes afanes intelectuales, para lo que necesita insertarse en unos grupos sociales, pero también

con esa dimensión religiosa específica que le relaciona con Dios y da sentido a toda la proyección espiritual de la persona.

Tras esta aproximación al concepto integral de cultura, podemos ya centrarnos en lo que constituye mi preocupación principal y que me atrevería a enunciar como el problema de la interacción Estado-Sociedad-Cultura.

SEGUNDA PARTE

LAS RELACIONES ESTADO-SOCIEDAD- CULTURA

Estado-Cultura En toda sociedad, estas relaciones dependían y se derivaban del modelo sociocultural de cada etapa histórica. En las épocas aristocráticas, los mecenas concedían su amistad y patrocinio a contados y selectos artistas, que producían para minorías y daban a conocer sus obras por los canales restringidos correspondientes.

En el siglo pasado, la sociedad burguesa también ofrecía sus salones y sus teatros a los artistas que producían las obras gratas a sus gustos y deseos. Con el comienzo de la masificación de la sociedad, se pretendió cargar sobre los hombros del Estado

intervencionista la labor de promover la cultura y, por este camino, hemos llegado incluso al error grave del dirigismo, no ya de los moldes y caminos para la cultura, sino incluso de los contenidos, como es el caso del realismo socialista.

Jacques Duhamel ha dicho que el tema de los poderes públicos y la cultura es difícil, porque la tentación de poder consiste, demasiadas veces, en considerar la creación intelectual como fuente de críticas y semillero de subversión. Sin embargo, no veo tanto en la actualidad el peligro de los obstáculos del poder, cuanto en la estrechez de los espíritus, la mediocridad de los medios puestos a disposición por la sociedad misma y la timidez de la propia opinión pública.

Sociedad-Cultura

Porque, paralelamente al despertar de la necesidad de una acción cultural, se precisa una toma de conciencia por la sociedad de sus responsabilidades. Los grupos sociales, las comunidades locales, municipales, provinciales o regionales, no pueden permanecer ya por más tiempo aguardando las prestaciones que proceden de los centros de la decisión y gestión estatales; antes bien, deben y pueden afirmar su personalidad y servir a la tarea común, poner en juego los recursos de su patrimonio propio y transformarse en centros de acogida para la creación cultural.

Cultura
como herencia
y como creación

La cultura se nos muestra como síntesis bifronte, que surge de la dialéctica entre conservación y renovación. Por su complejidad, por su difícil coste, por su calidad de patrimonio de la nación, veo claramente al Estado como conservador de la cultura heredada del pasado y, aún más, como asegurador del derecho del ciudadano a que esa herencia no se destruya y llegue intacta a él y a las futuras generaciones.

El Estado ha de procurar la posibilidad de que todos participen en el desarrollo cultural, administrando un patrimonio de riqueza colectiva que va, desde los museos, hasta las obras de los clásicos, pasando por las bibliotecas o las catedrales. Pero debe dejar a la sociedad la responsabilidad de crear la cultura de su tiempo que le sea propia y que le refleje, y cuidar de que se den las condiciones sociales y políticas para que ese libre juego de la creación activa y la participación comunicante pueda darse sin trabas, marcando sólo, claro está, los límites que hagan posible la pública convivencia, el respeto a la ética y el bien común, y la salvaguardia de aquellos valores que aseguran la identidad de los pueblos.

Función subsidiaria
del Estado

Sólo cuando un sector local o social se muestra incapaz de generar el proceso creador colectivo, podrá el Estado sugerir e impulsar subsidiariamente tal proceso, hasta que adquiera marcha propia. No es ese, evidentemente, el caso de la comunidad cultural a que me dirijo.

El Estado debe respetar la vocación de los creadores, y su papel no será tanto el de reglamentar cuanto el de animar. No se trata de dictar la inspiración de aquéllo, ni tampoco, por supuesto, de financiar caprichos individualistas y estériles, sino ayudar a la sociedad a identificarse y realizarse culturalmente. El Estado ha de preservar la cultura tanto del dirigirismo propio de regímenes colectivistas, como de las presiones de la mera economía de mercado. Debe depurar el consumo hacia la cultura, no permitir la degradación consumista de esa cultura.

Y debe hacerlo consciente de la complejidad que el fenómeno cultural entraña, como antes hemos visto. Porque la cultura se nos presenta no como un servicio público, como los otros; no se trata de prestaciones uniformadas para servir a los habitantes de un país, al igual que se suministra el gas o la electricidad. La cultura es una aventura común propuesta por los hombres para una deseable solidaridad.

Al ser así, es lógico que ésta florezca de forma múltiple, espontánea y diversa y se acomode a la variedad regional de nuestro territorio.

Descentralización
cultural

Este sentido plural de la cultura se pone de manifiesto a poco que estudiemos nuestro propio pasado, en el que la plena realización del concepto de "país", tan querido en aquel siglo ilustrado, definió una realidad que no es, sin más, una tierra o

una nación, sino algo más sencillo y a la vez más importante: el equilibrio humano de un ámbito de libertad civil donde lo doméstico y lo solidario se producen y se explican recíprocamente, a modo de una figura circular con seis centros: la casa, la iglesia, la escuela, el taller, el ayuntamiento y el fuero.

Ahora bien, esta descentralización a nivel territorial, sólo puede hacerse contando con la participación y la colaboración activa y entusiasta de centros regionales, de asociaciones intermedias de tipo local, de verdaderas comunidades que se pongan la cultura como meta de su existencia. De esta forma la vida cultural se encontrará a medio camino entre el dirigismo centralista, de un lado, y las iniciativas individuales aisladas, y se podrán aprovechar ambos esfuerzos sirviendo de ayuda mutua y no de oposición estéril.

Cobran así especial significado y actualidad algunos párrafos e ideas contenidos en el discurso preliminar, leído en la primera Junta General preparatoria de esta Sociedad, celebrada en Vergara el día 7 de febrero de 1765, y en donde se puede leer:

“Una nobleza instruida y laboriosa puede llegar a conocer las enfermedades políticas que tienen postrada a su provincia, investigar las causas que han concurrido a ocasionarlas, hallar, a costa de observación y de estudio, los medios más proporcionados para su restablecimiento y aun sacrificar parte de sus cauda-

les, aventurando algunas pruebas que verifiquen, en pequeño, la solidez de sus reflexiones. Pero no harán éstas grandes progresos en la práctica si no se hallan sostenidas por un Gobierno iluminado, cuyo supremo poder las haga triunfar de todos los obstáculos que se opusieren a su ejecución."

Y se añade:

"Sólo la oportuna concurrencia de estos dos principios, es el agente infalible de la prosperidad de aquellas provincias..."

Colaboración
entre el Estado
y la Sociedad

Han pasado más de dos siglos y, sin embargo, este espíritu de colaboración entre el Estado, de una parte, y la sociedad, los ciudadanos, de otra, sigue siendo necesario. Ni puede dejarse el desarrollo de la cultura sólo al primero, como ya hemos visto, ni el empuje de la sociedad sin el apoyo de aquél, podría ir demasiado lejos. La antinomia Estado-Sociedad no ha de verse por mas tiempo como conflictiva, sino como fecundante del esfuerzo aunado en el que cada parte pone aquello que le es propio. La sociedad, su iniciativa, y el Estado, sus medios.

CONCLUSION

LA RSVAP EN LA PERSPECTIVA DE NUESTRO TIEMPO

Llegamos ya al término de este rápido recorrido sobre nuestra visión del fenómeno cultural. Sólo nos queda apuntar en él la posible inserción de esta sociedad, que tan fecundas realizaciones ha alcanzado en su historia. Sus propósitos deben ser los de mantener su identidad y su inserción en la vida real de estas provincias y sintonizar, día a día, con las necesidades de este tiempo cambiante, promover la vida cultural desde su esfera propia de actuación y contribuir así a hacer que esta región tan querida, encuentre su camino de auténtica colaboración en el quehacer nacional y en el europeo, con su voz propia, de acentos tan peculiares y tan llenos de vigor y de interés.

Universalidad
de lo vasco

Como tan bellamente escribió mi maestro Fernando Castiella, en la conmemoración del 12 de octubre, en Guernica, el año 1964, "lo vasco, no sólo no es un elemento extraño a la línea histórica común, sino que es un ingrediente purísimo, primero de españolidad, finalmente de hispanidad. Creo que es bueno repetir esta sencilla y conocida verdad, para la reflexión de los que puedan ignorarla u olvidarla. Vasconia, como ha visto bien el profesor Sánchez Albornoz, es, con su historia antiquísima, algo así como un remoto embrión de España "abuela de España", a la que todos comprendemos y amamos con filial devoción..., que guarda todavía recuerdos de nuestro más remoto ayer, de un ayer muchas veces milenario, cuyas raíces se hunden en la primigenia tierra de España."

La lectura sosegada y con perspectiva actual de los Estatutos Fundacionales de nuestra Sociedad, sería quizá la mejor guía para una planificación cultural en los años venideros. Porque también en nuestro tiempo se ha hecho tangible que sin fundamentos económicos, es imposible el resurgir de un pueblo. Que sin un conocimiento serio detallado de las técnicas y los avances de la ciencia, todo se vuelve un mero especular sin raíz en la realidad. Pero también se ha puesto de manifiesto que no basta la riqueza, la ciencia, ni la técnica, para el despertar de una sociedad y de una nación, pues es necesaria, más que nunca, la voz del espíritu, la participación en una idea común, la colaboración responsable y solidaria; en definitiva, la vivencia de las

virtudes esencialmente políticas por las cuales la sociedad alcanza su mayoría de edad y su plenitud cultural.

**Una Ilustración
para
nuestro tiempo**

Hoy, cuando los medios de comunicación social y la información, han hecho de su contenido una educación paralela a la institucional, y tan importante como la tradicional, debemos ser conscientes de que si no establecemos un puente entre nuestras ideas y la ancha base del pueblo, quedaremos anclados, una vez más, en vanos propósitos, todo lo ilustrados y filantrópicos que queramos, pero inoperantes. Necesitamos coincidir, desde las sociedades, desde el Estado y desde los impulsos existenciales de la región, en esa Ilustración nueva, más coherente, menos ingenua, pero tan ilusionada como la que os dio vida: una Ilustración para el final del siglo XX, más profunda en la cumbre, más popular en la base y más real en la conexión viva de una y otra.

Una ilustración que, sin embargo, coincide en lo fundamental con aquella del siglo XVIII. Porque en nuestro tiempo, como en aquél, y utilizando las palabras de Leandro Silván, en su monografía sobre los estudios científicos en Vergara, "se desarrollan las ansias del saber, pero siguiendo rumbos nuevos y buscando con ello la satisfacción plena de las ansias de mejorar. Puede decirse por esto que el siglo XVIII (y paralelamente nuestro propio tiempo), vino a representar una inmensa reacción de espíritu humano contra todo lo que significaba estatismo y quietismo."

La Sociedad Vascongada de Amigos del País tiene, pues, por delante una tarea realmente apasionante e ingente; sus presupuestos son siempre el verdadero conocimiento de la realidad en que vivimos, y sus objetivos deben unirse a las demás sociedades y a todo el quehacer nacional, conservando siempre la pureza de su voz original y la autonomía necesaria para la libre creación y la aportación diversificada dentro del quehacer común.

Porque, señores, para terminar con palabras de un vasco ilustre, Isidoro de Fagoaga, "El (pueblo) vasco ha tenido siempre una vocación universalista, pero sin dejar de querer a lo que es propio, sin dejar de ser lo que es; sólo así, creo yo, podrán constituirse las unidades supranacionales, sin desarraigar y matar el amor del hombre por su tierra y su pueblo y su cultura, pues sólo la tolerancia y la convivencia pueden salvar a la humanidad..."